

La soledad contemporánea: de Rosario Castellanos a Guadalupe Nettel

LILIA LETICIA GARCÍA PEÑA, UNIVERSIDAD DE COLIMA, MÉXICO

“Casi a las puertas del décimo aniversario de su muerte, sigue siendo Rosario Castellanos la poeta-escritora-dramaturga-ensayista chiapaneca, uno de los fenómenos más felices que cruzaron las letras mexicanas” (3) escribía Nahum Megged en los años ochenta. Hoy en día Rosario Castellanos (1925-1974) en su trascendencia y Guadalupe Nettel (1973) en su plena juventud y fecundidad creadora no necesitan introducción. Cada una es, sin duda, un diamante en el friso de la literatura mexicana contemporánea y representan por ello dos eslabones fundamentales para apreciar y comprender la potencia de la ficción narrativa en sus formas y sus temas, específicamente en este ensayo en torno a un asunto esencial actual: la soledad. Una cuestión que atraviesa lo individual, subjetivo y ontológico para llegar a lo social, en tanto que la soledad es un problema inherente a la condición humana pero que en nuestra cultura hiperconsumista e hipernarcisista se ha profundizado.

“Domingo” forma parte del libro *Álbum de familia* (1971) y junto con *Los convidados de agosto* (1964) representa en Castellanos el cambio de giro en su narrativa de aquella temática sobre las relaciones conflictivas y desiguales entre los indígenas y los ladinos de Chiapas hacia la indagación de la clase media provincial y urbana. “Bezoar” pertenece al libro de cuentos *Pétalos y otras historias incomodas* con el que Guadalupe Nettel obtuvo el Premio Antonin Artaud 2008.

En este trabajo abordaré el horizonte de la soledad contemporánea en estos dos cuentos paradigmáticos estableciendo un diálogo entre ellos, lo cual permite apreciar el tema en la dinámica de los procesos socioculturales y en su transición poética a través de la segunda mitad del siglo XX y principios del XXI. Puesto que tanto el tema de la soledad contemporánea como la retórica que Castellanos y Nettel trazan para representarla en los cuentos estudiados se reiteran de distintos modos y en distintas fases en toda su obra haremos algunos apuntes y relaciones a partir de algunos otros de sus textos en el desarrollo del estudio

Debo aclarar, para no crear confusiones en el lector de estas páginas, que el equilibrio cuantitativo entre los análisis de las obras de Rosario Castellanos y

Guadalupe Nettel no es el criterio prioritario, lo que me interesa es mostrar la génesis y desarrollo del problema de la representación de la soledad contemporánea que se tiende entre las generaciones que representan las dos narradoras; sin embargo, se trata de cuidar que la exposición sea equitativa. La posible diferencia cuantitativa entre el análisis de la obra de Castellanos y la de Nettel se debe también en parte a que a pesar de la enorme brillantez y talento de la joven escritora, la relevancia de la magna obra concluida de la escritora chiapaneca ejerce aún su propio peso. Del mismo modo sucede con las referencias que hago a las otras obras de las escritoras, aunque a veces dirija mi atención a ellas, el objetivo prioritario es analizar los cuentos “Domingo” y “Bezoar” y esta intención es el faro del trabajo. Al final, lo que me interesa que quede demostrado es que estos dos cuentos son prototipos de la poética de cada autora. De manera que me atrevo a decir que quien sin leer más leyera estos dos cuentos se acercaría a piezas que condensan en sus líneas los proyectos narrativos en torno a la soledad contemporánea de ambas escritoras, y para evidenciarlo aquí me parece imprescindible hacer constantes alusiones al resto de su obra a lo largo del trabajo.

Aunque son textos de ficción, por ello mismo, “Domingo” y “Bezoar” son exploraciones que ayudan a aclarar el confuso mundo actual. Los cuentos desbordan la imaginación pero, puesto que como explicó Ricoeur (2002) no hay nada en la imaginación que no provenga de algún modo de la realidad, despliegan su poder de revelación: “La inscripción del discurso es la transcripción del mundo, y la transcripción no es duplicación, sino metamorfosis” (Ricoeur 2001: 54). En los cuentos de las dos narradoras hay también una dosis importante de reflexión autobiográfica, más implícita en Castellanos y más explícita en Nettel, pero en ambos casos se cumple aquella brillante observación de Anthony Giddens: “La autobiografía es una intervención correctora en el pasado y no una mera crónica de sucesos ocurridos” (95), de tal suerte que al tratar el tema de la soledad desde su centro, las escritoras no sólo lo muestran y describen sino que sugieren para ellas mismas y para los otros aires de cambio y mudanza hacia lo que Octavio Paz llamó “la fraternidad sobre el vacío” (528).

Si recordamos que la metáfora “en ausencia” (*in absentia*) constituye la verdadera metáfora o metáfora pura podemos afirmar que en los cuentos que analizamos, “Domingo” y “Bezoar” son metáforas puras de la soledad porque el término referente no está presente pero está elaborado en el universo de la palabra. En el cuento de Rosario Castellanos en un día “Domingo” los personajes se confrontan con su soledad sin que los distractores propios del resto de los días de la semana los puedan rescatar de la angustia: “Los domingos son mortales. Pero luego viene el

lunes y..." (46), el cuento transcurre a la par que transcurre el domingo para terminar en la víspera del lunes con su sabor de rutina, ansiedad domesticada y lugares conocidos: "Pero recordó la tela comenzada en su estudio, el roce peculiar del pantalón de pana contra sus piernas; el sweater viejo, tan natural como una segunda piel. Lunes" (46). En "Bezoar" de Guadalupe Nettel la referencia a una piedra – un bezoar justamente- que se forma como resultado de las secreciones de un ser que devora su propio pelo es el espacio psicológico que encarna el territorio de la más extrema soledad del personaje que padece desde la infancia tricotilomanía, trastorno en el que la persona tiene el hábito compulsivo de arrancarse el cabello e incluso ingerirlo: "Por otro lado, había algo coherente en la leyenda: si me arrancaba el pelo era por la sensación de tranquilidad y calma perfecta que me prodigaba, así fuera durante una fracción de segundo" (114). La fuerza de la imagen reside en parte en la contundente carga simbólica del cabello:

Como las uñas o los miembros del ser humano, los cabellos se cree que conservan relaciones íntimas con éste después de su separación. Simbolizan sus propiedades concentrando espiritualmente sus virtudes [...] conservar rizos de cabellos y los primeros dientes de leche. Estas prácticas significan algo más que la perpetuación de un recuerdo, revelan una voluntad de hacer sobrevivir el estado de la persona que lleva esos cabellos (Chevalier 218).

Los cabellos representan muy frecuentemente virtudes y poderes, su mutilación según Chevalier es igualmente expresiva: "El hecho de tener los cabellos rapados era, en China – por ejemplo- una mutilación, que impedía el acceso a ciertas funciones, en suma toda una emasculación verdadera. El corte de los cabellos correspondía no solamente a un sacrificio, sino a una rendición: era la renunciación –voluntaria o impuesta- a las virtudes, prerrogativas, y finalmente a su propia personalidad" (218). En "Bezoar" arrancar y devorar el propio cabello traza la geografía de la soledad, la protagonista sumida en una extrema tensión ejecuta un acto de máxima autoagresión.

Cuando hablamos de metáforas de la soledad contemporánea nos referimos a aquella soledad que se gesta en los procesos y dinámicas propios de las ciudades generados a partir de las migraciones masivas y globales del campo a los centros urbanos durante la fase de modernización. Aunque, por supuesto, la soledad física no necesariamente es indicio de aislamiento y ausencia de compañía ni viceversa, es importante recordar que en 1983 Gilles Lipovetsky advertía en *La era del vacío* una tendencia cada vez mayor a que las personas vivieran solas: "entre 1970 y 1978, el número de americanos entre catorce y treinta y cuatro años, que viven solos, fuera

Polifonía

de cualquier situación familiar, se ha triplicado...” (76). Por su parte, “en América Latina se presentó un incremento de los hogares unipersonales en el periodo de 1997 a 1999, debido a ‘los procesos de individualización propios de la Modernidad’ ” (Cepal en Uribe 58). Esta situación se traduce en cierto sentido en una condición más libre para elegir el destino personal, pero también refleja la desarticulación de esquemas tradicionales, poco o nada sanos, de familia y relaciones sin que sean sustituidos por formas más plenas. Es decir, si bien hay más libertad para optar por un divorcio, una preferencia sexual, un traslado a otro país, no siempre la soledad que surge es fecunda y plena sino que es una soledad vacía que por cierto se experimenta, como hemos mencionado ya, aún entre los otros. Bien señaló Octavio Paz que “... la poesía moderna consagra una fraternidad distinta y más antigua que la de las religiones y las filosofías, una fraternidad nacida del mismo sentimiento de soledad del primitivo en medio de la naturaleza extraña y hostil. La diferencia es que ahora vivimos esa soledad no sólo frente al cosmos sino ante nuestros vecinos” (528).

En ese mismo orden de ideas, Lipovestky subrayó que:

Cuanto más la ciudad desarrolla posibilidades de encuentro, más solos se sienten los individuos; más libres, las relaciones se vuelven emancipadas de las viejas sujeciones, más rara es la posibilidad de encontrar una relación intensa. En todas partes encontramos la soledad, el vacío, la dificultad de sentir, de ser transportado fuera de sí: de ahí la huida hacia adelante en las <<experiencias>> que no hace más que traducir esa búsqueda de una <<experiencia>> emocional fuerte. ¿Por qué no puedo yo amar y vibrar? Desolación de Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo, y sin embargo insuficientemente programado ya que todavía desea una relación afectiva (78).

A través de sus redes metafóricas “Domingo” y “Bezoar” permiten desmenuzar las sensaciones, transiciones, terrores y alternativas de la soledad contemporánea. A continuación abordaremos este asunto en los textos estudiados desde tres perspectivas: 1) “El ocaso de los afectos”: la fragilidad de las relaciones; 2) La soledad postorgánica: el desplazamiento de la metáfora de la locura a la metáfora de la enfermedad y 3) “El secuestro de la experiencia”: los rituales de la purificación y el espectáculo.

“El ocaso de los afectos”: la fragilidad de las relaciones

El tema de la soledad está presente de algún modo en toda la obra narrativa y poética de Castellanos. Aunque todavía mucho más vinculada a la condición humana en sí que a procesos sociales contemporáneos la soledad ya tiene un espacio importante en este sentido en la colección de cuentos *Los convidados de agosto* de Rosario Castellanos publicada en 1964. En “Las amistades efímeras” el epígrafe señala la naturaleza ontológica de la mutabilidad de las relaciones y la soledad humana: “...aquí sólo venimos a conocernos, sólo estamos de paso en la tierra (Poema náhuatl anónimo)”. Sin embargo, el título mismo es ya intensamente sugerente, así como la focalización de la narración en la fragilidad de los vínculos humanos: “Pero aquí no encontraba estabilidad alguna ni fijeza. Los objetos, provisionales siempre, se colocaban al azar. Las personas estaban dispuestas a irse. Las relaciones eran frágiles” (15). En “El viudo Roman” en el mismo libro se destaca la necesidad y el deseo de la persistencia de los afectos: “[Romelia] con un ademán convulsivo apretaba entre los dedos de su mano derecha el relicario, el símbolo de la constancia de sus afectos” (157).

En *Álbum de familia* en 1971 Castellanos despliega plenamente el tema de la soledad que se suscita como consecuencia de la fragilidad y vulnerabilidad de las interacciones personales. Todos los cuentos tocan la experiencia de la soledad: la soledad en el matrimonio en “Lección de cocina”, la soledad entre todos los integrantes de una familia en “Cabecita blanca”, la soledad en aquellos grupos que sin ser familia reproducen las mismas reglas y dinámicas como en el cuento que le da título al libro. Pero es en “Domingo” en el que cristaliza la representación de la soledad contemporánea. Es un cuento aparentemente sencillo, de trama simple, casi ausente pero al leerlo el lector comparte la misma sensación que deja un domingo gris cualquiera: queda un poco vacío, un poco perdido entre la pesadez de sus horas que parecen transcurrir más lentamente que otros días, deseante que llegue el siguiente día con sus prisas y lugares comunes. En “Domingo” cada personaje está profundamente solo a su manera: “Edith llenaba las telas con esos borbotones repentinos de tristeza, de despojamiento, de desnudez interior” (25). Todas las relaciones se muestran vanas o destruidas. Se trate de padres e hijos, parejas heterosexuales, parejas homosexuales, madres e hijas, amantes o amigos las relaciones fracasan y conducen a la soledad. Los modos de fracasar son innumerables: Las relaciones se fracturan, se violentan, se minimizan, se renuncia, se huye, se agotan por la rutina, se agotan por la desconfianza, se agotan por poder, se agotan por comodidad, se corrompen por dinero. Todas mutan para desgastarse. Así la protagonista Edith “atendía dócilmente (era un viejo hábito que la había

Polifonía

ayudado mucho en la convivencia) y luego iba a lo suyo” (25) y prefiere la estrategia que la verdad: “Antes también Edith hubiera hecho lo mismo que Luis y Jorge: separarse, irse. Ahora, más vieja (no, más vieja no, más madura, más reposada, más sabia) optaba por soluciones conciliadoras...” (26).

Las relaciones son ensayos y pruebas que se desechan, cada personaje se exilia de las relaciones por puertas falsas:

¿Qué te parece la nueva esposa de Octavio (29)

- Mi matrimonio es un fracaso.

- No puedes saberlo tan pronto.

- Lo supe desde el primer día, en el primer momento en que quedamos solos mi mujer y yo (40)

Pero ahora ella me odia y yo la odio y los dos nos avergonzamos de nosotros mismos y ya nada podrá ser igual (43).

Los personajes representados comparten un perfil social, individuos urbanos de cierta clase social: “¡Burgueses repugnantes!” (44) los define el texto. Narcisistas, centrados en sí mismos, codependientes de un grupo: un militar por retirarse, un compositor que ha sabido ubicarse, una actriz mediana, un pintor desarraigado, una esposa condescendiente.

Fredric Jameson creó la metáfora de “El ocaso de los afectos” para expresar esta característica de las sociedades contemporáneas. No se refiere desde luego a la desaparición total de los sentimientos y emociones pero sí a su contención. Sostiene que en donde este fenómeno se muestra con más claridad es en la representación de la figura humana. Explica que, por ejemplo, si bien el cuadro “El grito” (1893) de Edvard Munch fue “una expresión canónica de las grandes temáticas modernistas de la alienación, la soledad y la fragmentación y el aislamiento sociales, casi un emblema programático de lo que se dio en llamar la época de la ansiedad” (28). En la era contemporánea la ansiedad atroz y la alienación en los términos y matices que lo expresa Munch:

ya no resultan apropiadas en el mundo del posmodernismo. Las grandes figuras de Warhol -la propia Marilyn o Eddie Sedgewick-, los famosos casos de aniquilación y autodestrucción de fines de la década de 1960, y las grandes

experiencias dominantes de la droga y la esquizofrenia, parecen ya no tener mucho en común ni con la histeria y las neurosis de los tiempos de Freud, ni con las experiencias clásicas de aislamiento y soledad radicales, anomia, revuelta privada, locura al estilo de Van Gogh, que dominaran el periodo del auge modernista. Este desplazamiento en la dinámica de las patologías culturales puede describirse diciendo que la alienación del sujeto ha sido sustituida por la fragmentación del sujeto (30-31).

Nuestra contemporaneidad según Jameson pone fin al dilema y lo sustituye por uno nuevo. “el fin del ego o la mónada burguesa implica el fin de las psicopatologías de ese mismo ego: es a esto a lo que he llamado la mengua de los afectos” (31). Esto no quiere decir que se esté totalmente desprovisto de sentimientos, “sino que los mismos – a los que quizás sería más adecuado denominar ‘intensidades’ -son ahora impersonales y flotantes” (31-32).

Los afectos previos de la ansiedad y la alienación parecen haber sido desplazados por una especie de euforia (53) en nuestros días: “El mundo pierde momentáneamente su profundidad y amenaza con convertirse en una superficie brillante, una ilusión estereoscópica, un flujo de imágenes fílmicas carentes de densidad. Pero ¿es esta una experiencia regocijante o aterradora? (Jameson 58). La metáfora de “El ocaso de los afectos” de Jameson encuentra su exacta traducción en “Domingo”. La protagonista se cuestiona, en medio de la escenificación fría de una reunión de supuestos amigos, por el lugar de la afectividad en su vida, no hay emociones desgarradas ni actitudes extremas, solo una pregunta contenida: “Pensaba si no nos caería bien comer pato a la naranja... y también en la fragilidad de los sentimientos humanos” (27). Así “Domingo” de Rosario Castellanos aparece como un espacio en el que los sentimientos se escamotean para dar paso a un día banal y superficial que grita entre sus líneas la soledad profunda de cada ser, la vida se sobrelleva sacrificando los afectos: “Sus viajes parecían no tener ni preferencias ni propósitos. Huye de mí, pensó Edith al principio. Después se dio cuenta de la desmesura de la afirmación. Huye de mí y de las otras, añadió. Tampoco era cierto. Huía también de sus deudas, de sus compromisos con las galerías, de su trabajo, de sí mismo, de un México irrespirable” (23).

Si en “Domingo” puede observarse la representación de “El ocaso de los afectos” en el mundo occidental pre-digital de los setentas, en el espacio narrativo de “Bezoar” flota la atmósfera propia del siglo XXI de lo que Zygmunt Bauman llama la realidad *online* en la cual aparentemente: “En cualquier minuto –veinticuatro horas al día, siete días a la semana- basta con pulsar un botón para que aparezca la compañía,

Polifonía

como por arte de magia, de entre una colección de seres solitarios. En ese mundo *online*, nadie está lejos nunca [...]” (16). El mundo de los personajes de “Bezoar” están virtualmente siempre acompañados y respaldados por un grupo de sujetos semejantes pero se hallan espiritualmente ausentes y vacíos. Parecen encontrar siempre espacios reconfortantes y seguros: físicos como una clínica de rehabilitación con el más perfecto diseño que casi parece un “balneario” o virtuales como el mundo de la televisión pero en la multitud los individuos no se comprometen.

La obra de Guadalupe Nettel profundizará casi cuarenta años después que la de Castellanos “el ocaso de los afectos”: la mujer que protagoniza el cuento vive desde la infancia profundos conflictos pero con el paso de los años aprende la estrategia: eludir, banalizar, simular, nada la salva al final de los embates de una soledad vacía pero opta por eludir los afectos:

Al comenzar la universidad, conseguí un empleo en una agencia de modelos y mi cabellera rojiza anunciaba en la televisión champú y cosméticos para el pelo. Me gustaban las fiestas, y el trabajo en la agencia se llevaba muy bien con esa afición. No es que ganara millones, pero sí lo suficiente para tener tranquilos a mis padres respecto a mi futuro. En apariencia, llevaba una vida como cualquier otra. Sin embargo, carecía de algo de lo que casi nadie puede prescindir, algo que al principio no me hacía ninguna falta pero que acabé extrañando sin darme cuenta, la intimidad. Me tenía totalmente prohibidas las relaciones de sinceridad y confianza (117).

Este mundo de posibilidades, libertades, contactos rápidos, se pregunta Bauman: “¿Es el paraíso terrenal? ¿Se cumple, por fin, el sueño? ¿Se ha resuelto la ambivalencia supuestamente inquietante de la interacción humana, reconfortante y estimulante, pero engorrosa y llena de escollos?” (17). La respuesta igual que en “Bezoar” es que si es así el precio que hay que pagar es muy alto: la pérdida de la vivencia de la intimidad y la imposibilidad de relaciones auténticas:

Al huir de la soledad, se pierde la oportunidad de disfrutar del aislamiento, ese sublime estado en el que es posible «evocar pensamientos», sopesar, reflexionar, crear y, en definitiva, atribuir sentido y sustancia a la comunicación. Pero entonces, al no haber paladeado su sabor, uno nunca sabrá lo que se ha perdido, la ocasión que ha dejado pasar (Bauman 17).

En “Bezoar” la protagonista y su pareja se destruyen a sí mismos y también mutuamente, liquidan toda posibilidad de vínculo confiable y permanente. Ambos compulsivos, ella mutilando su cabello, él cascando las articulaciones de sus dedos, se irritan a sí mismos y al otro, anulan las posibilidades de comprensión y alivio. Cortar, mutilar, arrancar son las metáforas que definen su relación:

Por otro lado, la droga se estaba acabando y habría que decidir si adquiriríamos más o parábamos para siempre. En ésas estaba, cuando Víctor apareció frente a mí con un whisky en la mano. El pantalón de la pijama se le caía hasta la cadera de tanto que había bajado de peso. Se había apoyado en la barra y, con la mano sana, jugaba con los trozos de verdura que yo iba desechando. En un momento de infame debilidad, dobló el índice y se cascó las dos falanges del pulgar en mis narices, taladrándome el cerebro. Fue un acto reflejo: desvié el cuchillo de los pimientos y arremetí contra sus largos dedos. Víctor gritó. El vaso que sostenía con la mano izquierda cayó al suelo (138)

En 2014 en *Después del invierno*, la obra de Nettel sigue manteniendo la misma perspectiva de representación: “La cortesía también puede ser una puerta de entrada a la intimidad y no es necesario decir que abundan los aprovechados” (19) y “uno piensa que los lazos que nos atan a los otros son eternos e inamovibles, sobre todo el afecto. Sin embargo, la gente cambia mucho según el lugar y las circunstancias” (179). La protagonista de “Bezoar” por su parte, seguirá pagando el precio de la íntima soledad: “Ya lo ve usted, después de todo y desde hace tantos años sigo buscando lo mismo, la receta de la calma perfecta” (141)

La soledad postorgánica: el desplazamiento de la metáfora de la locura a la metáfora de la enfermedad

La soledad contemporánea se despliega en el marco de la revolución que rige nuestra era: la biotecnológica. El código genético, la información genética cifrada, sus lecturas y posibles manipulaciones genómicas presentes y futuras se han convertido en un referente fundamental en la concepción de lo humano, la soledad que le corresponde es por ello una soledad bioprogramada, postorgánica. En su libro *El hombre postorgánico* la antropóloga Paula Sibilia compara la bioprogramación con el “formateo acelerado de cuerpos y almas” (158). Explica que se va desdibujando la metáfora del hombre-máquina de la época prometeica para ceder su lugar al hombre-información: “el sistema nervioso y el código genético son metáforas privilegiadas hoy en día” (260).

Si la locura fue, en la primera mitad del siglo XX y parte del XXI, la metáfora destacada para expresar la soledad y el aislamiento humanos, vemos un desplazamiento hacia las metáforas que apuntan a la enfermedad en términos bioquímicos, incluso la locura misma es sometida a ese cambio de perspectiva. De ser un fenómeno irracional e incontrolable en sus causas y efectos, la locura se desplaza en su representación a una concepción también biológica y química diagnosticable y controlable con insumos de la misma naturaleza bioquímica. En tal desplazamiento: “son importantes otros factores de alcance mucho más amplio como reflejo de la socialización de mecanismos y procesos biológicos. En los ámbitos de reproducción biológica, la ingeniería genética y muchos tipos de intervenciones médicas, el cuerpo se ha convertido en expresión de elecciones y opciones [...] Las tecnologías de la reproducción y la ingeniería genética, por ejemplo, forman parte de procesos más generales de la transmutación de la naturaleza en campo de actividad del hombre” (Giddens 16).

Este proceso de desplazamiento hacia la metáfora de la enfermedad coincide con las intuiciones de C.G. Jung que en *El secreto de la flor de oro. Un libro de la vida china* anotó una afirmación deslumbrante y visionaria:

Eso suena por entero a europeo y parece casar excelentemente con nuestra razón; en verdad, opinamos que debemos sentirnos halagados de haber alcanzado ya esas alturas de la claridad, pues parece uno haber dejado tras sí hace tiempo tales fantasmas de dioses. Pero lo que hemos superado son sólo los fantasmas de las palabras, no los hechos psíquicos que fueran responsables del nacimiento de los dioses. Estamos todavía exactamente tan poseídos por nuestros contenidos anímicos autónomos como si éstos fueran dioses. Ahora se los llama fobias, obsesiones, etc.; brevemente, síntomas neuróticos. Los dioses han pasado a ser enfermedades, y Zeus no rige más el Olimpo, sino el plexus solaris y ocasiona curiosidades para la consulta médica, o perturba el cerebro de políticos y periodistas quienes, involuntariamente, desencadenan epidemias psíquicas (51 y 52).

En el cuento “Álbum de familia” todavía se subrayan las crisis de locura de Matilde Casanova “Ha escogido por el tacto, el de los somníferos y se lo ha vaciado en la palma de la mano. Sin contarlos [...] Se las pasa con un sorbo de agua y luego duerme horas y horas tan profundamente como si hubiera muerto” (85) y se narran sus reacciones totalmente fuera de control “[...] una crisis nerviosa de Matilde en la cual se aprecia la pérdida de su juicio de realidad y su salud mental quebrantada” (López González 269). En “Lección de cocina” la locura se muestra también todavía

Polifonía

como un evento que puede irrumpir violentamente en el comportamiento del personaje: “Si insisto en afirmar mi versión de los hechos mi marido va a mirarme con suspicacia, va a sentirse incómodo en mi compañía y va a vivir en la continua expectativa de que se me declare la locura” (22).

Sin embargo, es importante advertir cómo la metáfora de la enfermedad se insinúa, a veces parcial, a veces fugazmente, entre las páginas de la obra de Castellanos. En el cuento que ya hemos comentado “El viudo Román” la diégesis se centra en la venganza que Carlos Román cumple en la hermana menor del amante de la que fue su esposa fallecida. Pero de manera marginal emerge la red metafórica de la enfermedad ya que Carlos Román es un médico retirado que retoma su profesión:

Doña Cástula servía siempre el último café de la noche a su patrón, don Carlos Román, en lo que él llamaba su estudio: un cuarto que primitivamente había sido acondicionado como consultorio pero del cual, por la falta de uso, habían ido emigrando las vitrinas que guardaban los instrumentos quirúrgicos, las mesas de exploración y operaciones, para dejar sólo un título borroso dentro de un marco, un juramento de Hipócrates ya ilegible y una reproducción en escala menor, de ese célebre cuadro en que un médico –de bata y gorros blancos- forcejea con un esqueleto para disputarle la posesión de un cuerpo de mujer desnudo, joven, y sin ningún estigma visible de enfermedad” (96).

Carlos Román, en medio de las vicisitudes del argumento del cuento, se encuentra por primera vez después de mucho tiempo con un enfermo:

Lo primero que repugnó a don Carlos (al trasponer el umbral de una estancia reducidísima, pobremente iluminada por una ventana, mal protegida de la intemperie por las ralas juntas del tejamanil) fue el olor. Olor de cuerpo inerte, abandonado a sus funciones; de ungüentos y emplastos no removidos; de inhalaciones sucesivas, ninguna de las cuales lograba anular el vaho de la anterior (115).

Nada apasiona tanto a un enfermo como describir sus sensaciones y más cuando el que escucha es un iniciado, capaz de comprender lo que los sanos ignoran y ni siquiera imaginan. Precipitadamente Enrique acumulaba detalles, aventuraba suposiciones, quería convertirá a su interlocutor en depositario de su secreto para que el otro, en reciprocidad, le entregara la salud (117).

En “Lección de Cocina” (en *Álbum de familia*, 1971) se asocia la cocina, en donde la protagonista divaga y reflexiona mientras observa un pedazo de carne en la estufa, con un hospital:

La cocina resplandece de blanca. Es una lástima tener que mancillarla con el uso. Habría que sentarse a contemplarla, a describirla, a cerrar los ojos, a evocarla. Fijándose bien esta nitidez, esta pulcritud carece del exceso deslumbrador que produce escalofríos en los sanatorios. ¿O es el halo de desinfectantes, los pasos de goma de las afanadoras, la presencia oculta de la enfermedad y de la muerte? (7).

Más adelante la recién casada representa su realidad en términos también de enfermedad: “en sus noches solitarias se niega a pensar por qué o para qué tantos afanes y se prepara una bebida bien cargada y lee una novela policíaca con ese ánimo frágil de los convalecientes (15). Mientras la protagonista reflexiona sobre su matrimonio observando el trozo de carne que se cocina, se conforma toda una red alrededor de la carne, de la sexualidad, del cuerpo, del color rojo que refiere a la sangre que asocian el placer de la sexualidad con la enfermedad: ‘Me latían las sienes, se me nublaban los ojos, se me contraían los músculos en un espasmo de náusea [...] Así voy a quemarme yo en los apretados infiernos por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa’ (16).

Hay una sola pero definitiva alusión a la metáfora de la soledad como enfermedad en “Domingo”, la ruptura de la relación es vista a través del prisma de la enfermedad: “¿Es mejor amputarse un miembro? Los médicos no recurren a esos extremos más que cuando la gangrena ha cundido, cuando las fracturas son irreparables. Pero en el caso de Luis y Jorge ¿qué se había interpuesto?” (39).

La presencia insinuada de la metáfora de la enfermedad en “Domingo” y francamente desplegada en “Bezoar” así como en toda la obra de Nettel es de una definitiva envergadura. Como señala Bauman, en consonancia con las conclusiones sobre los mecanismos de disciplina y control de los sujetos de Michel Foucault, “la enfermedad denota la anormalidad del estado de la persona enferma” (87). Es decir, será el entorno el que determine la condición de enfermedad del sujeto y con base en ella proclamará su anormalidad y en consecuencia, la necesidad de intervención y normalización.

Guadalupe Nettel nos conduce de la obra paradigmática de Castellanos hacia un nuevo y pleno universo postorgánico. Los seres humanos somos cifras de códigos

genéticos, que se traducen en otras cifras y otros códigos, la enfermedad es la metáfora por excelencia de la vulnerabilidad, y la locura ya no es el fenómeno aterrador y descontrolado sin una enfermedad más. En 2011 en *El cuerpo en que nací* la protagonista, que por cierto es hija de una madre hipocondriaca, ve toda la realidad a partir de la condición de la enfermedad ocular congénita que posee: “Nací con un lunar blanco, o lo que otros llaman una mancha de nacimiento, sobre la córnea de mi ojo derecho [...] La obstrucción de la pupila favoreció el desarrollo paulatino de una catarata, de la misma manera en que un túnel sin ventilación se va llenando de moho” (11). En esa misma novela leemos: “Quizás en eso radique la verdadera conservación de la especie, en perpetuar hasta la última generación de humanos las neurosis de nuestros antepasados, las heridas que nos vamos heredando como una segunda carga genética” (16).

En el mismo libro al que pertenece “Bezoar”, “Ptosis” es también un cuento centrado en la metáfora de la enfermedad, gira en torno a un famoso cirujano de párpados de París y un fotógrafo médico especializado oftalmología, y los resultados de las operaciones que hacen que todos los párpados sean perfectos pero iguales lo que los hace parecer a los pacientes una “tribu de mutantes” (20).

Es muy importante advertir que en toda la obra de Nettel hay una obsesión por los ojos, su potencia, sus enfermedades. Una explicación inmediata y simple es la condición autobiográfica de su condición ocular genética pero hay algo mucho más profundo, los ojos encarnan la interacción humana. Como explica Bauman si nuestro mundo occidental actual es intensamente visual es paradójicamente un mundo que evita la percepción de individuo a individuo: “Lo veo constantemente por los pasillos, cuando no son capaces de saludar o de establecer contacto ocular. El contacto ocular y, por lo tanto, el reconocimiento de la proximidad física de otro ser humano auguran un despilfarro” (Bauman 22).

“Bezoar” permite apreciar con toda claridad la metáfora de la soledad como enfermedad y la locura desplazada a una enfermedad más. La protagonista – asediada por adicciones y obsesiones- se somete a tratamiento en una clínica especializada: “Debo admitir que el sitio es estupendo, cerca del mar, apartado de cualquier tipo de tensiones excepto las que constantemente me inflijo a mí misma. Más que una clínica de rehabilitación, este lugar, hermoso y callado a la vez, parece un balneario” (104). El médico le indica llevar un diario a modo de registro de sus síntomas y emociones:

Polifonía

Jamás he llevado una bitácora de éstas, así que no sé por dónde comenzar. Tal vez deba hacerlo por el día en que, obligada por mi estado de salud, decidí internarme en este sanatorio o quizá por el momento en que comencé a ingerir distintos tipos de sustancias alucinógenas remplazadas ahora por los calmantes que me suministra usted, doctor Murillo, con el fin de disminuir mis tendencias compulsivas (104).

En 2014, en *Después del invierno* las enfermedades se consolidan como metáforas de las relaciones humanas: “Todas las mañanas, en cuanto el ruido amenazador del mundo atraviesa mi ventana, surgen las mismas preguntas: ¿cómo mantenerme a salvo del contagio? ¿Cómo evitar mezclarme, corromperme? Creo que si hasta ahora lo he logrado ha sido gracias a una serie de hábitos sin los cuales no podría salir a la calle” (18). En esta novela de Nettel uno de los personajes, Ruth, “tomaba antidepresivos tres veces al día y ansiolíticos por las noches. Lo hacía recetada por el doctor Paul Menahovsky cuyo consultorio, situado en la Tercera Avenida, visitaba una vez a la semana. Prozac y Tafil combinados. Ese era el secreto de su inquebrantable tranquilidad” (p. 96). En “Bezoar” la enfermedad de la tricotilomanía concentra la magnitud del dolor y la angustia de la protagonista y el médico trata al personaje con fármacos que devuelven los equilibrios bioquímicos y pretenden asegurar su funcionalidad mental. Los trastornos mentales y de comportamiento dejan de representarse como episodios de locura, pierden su matiz de eventos descontrolados e inexplicables. Se ha transitado de la demencia a la enfermedad curable y susceptible de normalización.

“El secuestro de la experiencia”: los rituales de la purificación y el espectáculo

Como contraparte de la enfermedad como metáfora de la soledad y de las relaciones humanas conflictivas surgen los rituales de la purificación y la experiencia de la vida en común como espectáculo en cuyo escenario los individuos se creen protegidos y seguros. Ya desde *Los convidados de agosto*, Castellanos muestra los ambientes impecables, perfectos, estereotipados en los que los personajes se refugian: “A pesar de que el estudio era la parte de la casa más frecuentada por don Carlos, y en la que permanecía casi todo el tiempo, se respiraba en él esa atmósfera impersonal que es tan propia de las habitaciones de los hoteles” (“El viudo Román” 96). Mientras que la historia narrada está llena de traición, celos y venganza, los objetos y los espacios son perfectos y pulcros:

Polifonía

Una noche, después de una cena en la que doña Cástula se había esmerado especialmente, mezclando con sabiduría los manjares y los vinos y en la que salió a relucir una antigua vajilla con monogramas dorados, un juego de copas de cristal finísimo y un mantel del más blanco lino” (125).

En “Domingo” todo es impecable, sin rastro alguno de contaminación y perfecto como una escenografía:

Edith lanzó en torno suyo una mirada crítica, escrutadora. En vano se mantuvo al acecho de la aparición de esa mota de polvo que se esconde siempre a los ojos de la más suspicaz ama de casa y se hace evidente en cuanto llega la primera visita. Nada. La alfombra impecable, los muebles en su sitio, el piano abierto y encima de él, dispuestos en un cuidadoso desorden, los papeles pautados con los que su marido trabajaba. Quizá el cuadro, colocado encima de la chimenea, no guardaba un equilibrio perfecto. Edith se acercó a él. Lo movió un poco hacia la izquierda, hacia la derecha y se retiró para contemplar los resultados. Casi imperceptibles pero suficientes para dejar satisfechos sus escrúpulos (23)

Los gestos pasan por el mismo ritual de purificación en “Domingo” que los espacios y los objetos: “Los otros [gestos] se habían estereotipado y por eso mismo resultaban perfectos” (26). Los rituales de purificación se consolidan en “Bezoar”, arrancarse y ocultar los cabellos desprendidos o ingerirlos es el trágico ritual de purificación por excelencia: “[...] regresaba al ritual como quien se refugia en un conjuro. Era una manera de desconectarse del mundo, de dar la espalda a la vida en la que, definitivamente, yo no quería participar” (107).

Los rituales de “purificación cotidiana” (103) presentes en “Bezoar” alcanzarán en la obra de Guadalupe Nettel los niveles de un proceso que se ejecuta en *Después del invierno* en 2014:

Todos los días ejecuto una rutina establecida desde hace muchos años y cobre la cual descansa mi existencia. <<Ejecutar>> es uno de mis verbos preferidos. Por ejemplo: al bajar de la cama, pongo las dos plantas de los pies en el suelo. Eso me permite sentirme firme, inquebrantable. Entro de inmediato a la ducha y espabilo mi cuerpo con un chorro de agua fría. Me seco, fijándome siempre en utilizar el lado áspero de la toalla y froto mi piel hasta enrojecerla para estimular la circulación sanguínea (18).

Los rituales de purificación diseñan los espacios perfectos del espectáculo en el que los individuos interactúan. Megged señala que *Álbum de familia* se advierte “una sociedad falsa cuyas tablas de valores fueron creadas como escenario de un teatro que apaga las luces de la vida, sin representarla” (6). Ciertamente, en “Cabecita blanca” encontramos una referencia metafórica a la vida como espectáculo perfecto, la vida puede ser una ilusión vana de “merengue y fresas” siempre que los personajes vean únicamente lo que quieren y cómo lo quieren ver. En el siguiente fragmento apreciamos la red metafórica enfermedad-purificación- espectáculo en ese cuento:

La señora Justina miraba, como hipnotizada, el retrato de ese postre, con merengue y fresas, que ilustraba (a todo color) la receta que daba la revista [...] La señora Justina apartó la mirada de aquel espejismo que ayudaba a fabricar su hambre de diabética sujeta a régimen y examinó con detenimiento, y la consabida decepción, a su hija Lupe (47).

En el cuento “Álbum de familia” Cecilia observa el empuje aterrador del mar que visto desde la distancia de un lujoso cuarto de hotel parece minimizar su potencia: “El estruendo de afuera no disminuyó con el día. Sólo que la claridad lo despojó de su horror al reducir la inconmensurabilidad a un espectáculo que podía contemplarse –impune, tranquila, placentemente- desde la terraza, uno de los motivos por los que el precio de estas habitaciones era más caro” (65). Del mismo modo, los rituales de purificación y el hecho de asumir la vida y las relaciones con los otros como un espectáculo, como una escena que se representa permite a los personajes tener la ilusión del control de las circunstancias y de las emociones del mismo modo que parece ser posible ponerle límites a un mar embravecido y tumultuoso.

Las relaciones sociales como espectáculo también son visibles en “Bezoar” si bien cuando niña la protagonista resaltaba por su evidente diferencia y “anormalidad” (112) al crecer aprende a fingir: “A los diecisiete años ya me había convertido en una profesional del disimulo” (115). Así vemos como ante la resistencia de una relación con Rumanovich responde a su invitación tan solo con “una sonrisa mustia. La misma que había utilizado en el comercial de Pantene” (122). En el proceso de simulación y espectáculo de las relaciones, los seres se vuelven objetos, en un mundo intensamente materialista “el consumismo es la transformación de los seres humanos en consumidores, ante todo, y la degradación de todos los demás aspectos a un rasgo secundario, accesorio e inferior. El consumismo es también el reciclaje de

la necesidad biológica para transformarla en capital comercial. A veces también en capital político (Bauman 78).

En este sentido, Anthony Giddens señala que ha invadido una tendencia que excluye sistemáticamente de la vida cotidiana aquellos terrenos de la existencia que nos confrontan: la locura, la enfermedad, la muerte, la criminalidad, el erotismo. Las experiencias se evaden de modo que “para muchas personas, el contacto directo con acontecimientos y situaciones que vinculan la vida individual a cuestiones más amplias de moral y finitud es escaso y fugaz” (17). Giddens denomina “el secuestro de la experiencia” a esta actitud que parece proveer la sensación de proteger a los individuos. En cierto modo, los rituales cotidianos mantienen al sujeto al margen de experiencias que le pueden resultar perturbadoras y “guardan relación con la forma de control social de la angustia” (Giddens 65). En “Después del invierno” se afirma: “Bendita sea la barrera que me mantiene seco, impermeable a las emociones” (51), Giddens explica cómo gracias a diversos mecanismos de ocultamiento las personas viven las rutinas de la vida ordinaria sin conflicto ni profundidad:

Ese secuestro es la condición del establecimiento de amplias áreas de relativa seguridad en la vida cotidiana en condiciones de modernidad. Su efecto [...] es el de reprimir un conjunto de componentes morales y existenciales básicos de la vida humana que quedan, por así decirlo, relegados contra los bordes (212).

Tal contención de la experiencia de la vida en su plenitud arrastra dos consecuencias en nuestra sociedad contemporánea: primero “La insignificancia personal -el sentimiento de que la vida no tiene nada valioso que ofrecer- se ha convertido en un problema psíquico fundamental en las circunstancias de la modernidad tardía” (Giddens 18) y después, a pesar de la multiplicidad de formas y medios propios de la revolución tecnológica e informática para estar en constante interacción con los otros, la sensación de <<aislamiento existencial>> que “no es tanto una separación entre individuos cuanto un apartamiento de los recursos morales necesarios para vivir una existencia plena y satisfactoria” (Giddens 18). Así vemos en “Domingo” a personajes invadidos de apatía y desconfianza que viven la vida como un *open house*, se “arrastran” para tolerar y sobrevivir la realidad de la vida de la que intentan escapar: “Porque a partir de las cuatro de la tarde sus amigos sabían que había *open house* y acudían a ella arrastrando la cruda de la noche anterior o el despellajamiento del baño del sol matutino o la murria de no haber sabido cómo entretener sus últimas horas” (27).

La relación del neonarcisismo, el secuestro de la experiencia, la ausencia de sentido de la vida y el aislamiento existencial con el consumismo de la era globalizada es directa. El capitalismo consumista fomenta el culto narcisista de las apariencias: “De ahí que, en las condiciones sociales modernas, todos nosotros vivamos como si estuviéramos rodeados de espejos donde buscamos la apariencia de un yo sin tacha y socialmente valioso” (Giddens 219). Esta es una compleja dinámica de las soledades porque, como observa Tamés, “el individualismo descrito por Lipovetsky a lo largo de las páginas de *La era del vacío*, no es de una naturaleza aislada, esférica. Es un narcisismo colectivo el que se está viviendo, en el sentido de que el discurso agrupa lo que está cerca, a la mano, lo que es similar o idéntico a uno mismo: ramificaciones de lo colectivo, intereses miniaturizados, grupos hiperespecializados; los círculos de interacción se contraen haciendo mini grupos, pero explotan en su diversidad” (48), “Domingo” y “Bezoar” muestran este fenómeno social de tal suerte que se conforman pares o grupos de solitarios o solitarios asociados por lo similar. Se anulan las individualidades y se subraya el peso del grupo, el ser en soledad está aún más solo y más presionado entre los otros que se vuelven una extraña autoridad.

En “Domingo” y “Bezoar” se advierte la consolidación de la casa como un espacio en el que los individuos no solamente se secuestran psicológicamente de las experiencias esenciales de la vida sino que se autosecuestran físicamente encerrándose y aislándose de los entornos sociales. Viviendo solos o no, los individuos hipermodernos pasan de habitar la “cueva aterciopelada” de los sesentas descrita por Ernst Dichter a la “cueva hogarótica” (Gubern 157). Los individuos del siglo XXI de sociedades pudientes y con altos márgenes de ocio que se inclinan a prácticas sedentarias y claustrofílicas en los hábitos culturales occidentales (Gubern 13). Este proceso pasa por “Domingo” en el que la casa es el espacio en el que se escenifican las interacciones sociales del grupo y encuentra su expresión amplia en *Después del invierno*: “Más allá de la ausencia de ventanas, mi departamento es un mausoleo que otorga una dimensión épica a los momentos importantes de mi existencia” (44).

Otra forma de autosecuestro contemporáneo que alivia la angustia de la convivencia pero conduce, simultáneamente, a la extrema soledad es el ejercicio de la diferencia sistemática, el instalarse voluntariamente en la zona marginal del *outsider*. La representación del excluido que vemos en “Domingo” y “Bezoar” no es el marginado social o el sujeto desechado por los mecanismos violentos de la economía globalizada, sino aquellos sujetos que siendo empujados por alguna circunstancia hacia los márgenes optan por la excentricidad:

Polifonía

Se vio a sí misma excluida de la intimidad de Carlos y de Lucrecia, del dolor de Jorge, del juego de los otros. Se vio a sí misma, borrada por la ausencia de Rafael y un aire de decepción estuvo a punto de ensombrecerle el rostro. Pero recordó la tela comenzada en su estudio, el roce peculiar del pantalón de pana contra sus piernas; el sweater viejo, tan natural como una segunda piel. Lunes (“Domingo” 46).

Los otros niños, cuando no me despreciaban, me tenían miedo, y los adultos, una suerte de desconfianza. De alguien como yo se podía esperar cualquier cosa (“Bezoar” 113).

La situación ex - céntrica se vive como: “uno de esos lugares de los que uno se va apropiando y que constituyen una suerte de refugio, una isla apartada del contacto con los otros” (Nettel “Bonsái” 37). Deleuze sostiene que los mecanismos disciplinarios descubiertos y estudiados por Foucault han mutado en nuestras sociedades a mecanismos de control. De acuerdo con él podría decirse que los muros han caído y que “los encierros son moldes, módulos distintos, pero los controles son modulaciones, como un molde autodeformante que cambiaría continuamente, de un momento al otro, o como un tamiz cuya malla cambiaría de un punto al otro” (Deleuze 117). La contención afectiva en las relaciones, el predominio postórgánico de la condición humana, la automarginación voluntaria del entorno y el secuestro de las experiencias centrales de la vida arrojan a la soledad más definitiva y amarga que la historia de la humanidad haya conocido. La narrativización metafórica de esta realidad en la obra de Rosario Castellanos y Guadalupe Nettel lleva a darse cuenta que nadie entonces necesita encerrar a nadie –como señala Deleuze- los sujetos se encierran por voluntad propia en sus miedos y se someten a los controles que eligen en una sociedad consumista y superficial

A través de los cuentos “Domingo” y “Bezoar” se ha podido apreciar el trayecto que ha seguido la naturaleza de las interacciones humanas y la conformación del individuo en el mundo occidental. Las identidades son tan desechables como la avalancha de productos que inundan el mercado, biodegradables señala Bauman (24). Las relaciones han devenido en intercambios fugaces desechables y superficiales, se ha perdido profundidad e intimidad y se ha empobrecido el soporte emocional de los sujetos. La exclusión, el desahucio, la soledad, el abandono parecen ser la realidad del presente y la pesadilla del futuro de nuestro mundo, los proyectos poéticos de Castellanos y Nettel sugieren, sin embargo, que el arte y la poesía sigue siendo una de las grandes ventanas de la humanidad.

Obra citadas

- Bauman, Zygmunt. *44 cartas desde el mundo líquido*. Barcelona: Paidós, 2017. Impreso.
- Castellanos, Rosario. *Los convidados de agosto*. México: Era, 2008. Impreso.
- Castellanos, Rosario. *Álbum de familia*. México: Joaquín Mortiz, 2002. Impreso.
- Chevalier, Jean y Gheerbrant. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Herder, 2003. Impreso.
- Deleuze, Gilles. "Postdata sobre las sociedades de control" en *El lenguaje libertario*, Comp. Christian Ferrer. Buenos Aires: Terramar Ediciones, 2005. Web.
- Giddens, Anthony. *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península, 1997. Impreso.
- Gubern, Román. *El eros electrónico*. Madrid: Taurus, 2000. Impreso.
- Jameson, Fredric. *Ensayos sobre el posmodernismo*. Buenos Aires: Imago Mundi, 1991. Impreso.
- Jung C.G. y Wilhelm R. *El secreto de la flor de oro*. Paidós: Buenos Aires, 1961. Impreso.
- Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, 2000. Impreso.
- López González, Aralia. *La espiral parece un círculo. La narrativa de Rosario Castellanos. Análisis de Oficio de tinieblas y Álbum de familia*. México: UAM Iztapalapa, 1991. Impreso.
- Megged, Nahum. *Rosario Castellanos*. Selección y nota introductoria. Material de Lectura, núm. 15, México: UNAM, 2008. Impreso.
- Nettel, Guadalupe. *El cuerpo en que nací*. Barcelona: Anagrama, 2015. Impreso.
- Nettel, Guadalupe. *Después del invierno*. Barcelona: Anagrama, 2014. Impreso.
- Nettel, Guadalupe. *Pétalos y otras historias incómodas*. Barcelona: Anagrama, 2011. Impreso.

Polifonía

Paz, Octavio. *Obras completas I. La casa de la presencia*. México: FCE, 2003. Impreso.

Ricoeur, Paul. *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México: FCE, 2002. Impreso.

Ricoeur, Paul. *Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo XXI, 2001. Impreso.

Sibilia, Paula. *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*. Buenos Aires: FCE, 2005. Impreso.

Tamés, Enrique. "Lipovetsky: del vacío a la hipermodernidad" *Casa del tiempo* Oct. (2007): 47-51. Web. 22 May. 2018.

Uribe, Patricia. "Los hogares unipersonales: nueva tendencia en la estructura familiar" *Retos* (2010): 57-68 . Web. 22 May. 2018.